

Lo más perturbador de ver morir a alguien no es el sufrimiento ni la tristeza ni la ausencia, sino asumir que todo lo que nos rodea puede derrumbarse en cualquier momento. Es entonces cuando se evaporan las certezas y desaparecen los anclajes, dejando al descubierto el espejismo en que vivíamos.

Conduzco de manera mecánica, con la mirada fija en el siguiente cruce y bajo el efecto del lorazepam que me acabo de tomar, cuando reparo en esas manidas frases sobre la necesidad de aprovechar el presente. Obviedades repetidas en calendarios, tarjetas, libros de autoayuda o refraneros populares que hasta ahora había tenido la suerte o la desgracia de ignorar. Creo recordar que incluso había un *carpe diem* pintado con espray en la fachada junto a mi casa. Subido en la moto el aire neutraliza las lágrimas antes de que lleguen a rodar por la mejilla. Aprovecho el primer semáforo para sonarme la nariz y ponerme las gafas de sol. Ojalá no me reconozca nadie. Parezco un despojo, aunque haya hecho todo lo posible por arreglarme. La

presencia ayuda a tener entereza. Pantalón chino y camisa azul celeste, como a ti te habría gustado.

Aparco a escasos metros de la puerta principal, donde llegan enseguida mi padre y mi hermana. Los agarro fuerte de la mano y subimos las escaleras con mayor esfuerzo del que cabría esperar en circunstancias normales. El agotamiento nos delata en cada gesto. Frente a la sala hay dos hombres que esperan sentados, en silencio. Cuando nos ven, cruzan entre ellos una mirada y se levantan, pero por prudencia, incomodidad o timidez, vacilan antes de decirnos nada. No tengo ni idea de quiénes son y tampoco hago nada para saberlo porque mi curiosidad innata se ha esfumado. Dejo que mi padre hable con ellos pues todavía no he sintonizado el lado más sociable de mi carácter, el que sé que voy a necesitar para hacer frente a las horas que tenemos por delante. Entretanto, un empleado abre diligentemente la puerta de la sala y me entrega varios mensajes de condolencia que han ido llegando. No puedo evitar que brote la emoción, aunque logro contenerme. Me siento un momento en una silla y miro a mi alrededor, como si tuviera que entender dónde me encuentro. Mi hermana me pregunta si estoy mareado y me limito a negar sin abrir la boca. A pesar de mi hermetismo y de mi manifiesta desgana, el mismo empleado de antes nos explica que tenemos a nuestra disposición una máquina de café y una bandeja con desayuno. Cruasanes, botellas de agua y periódicos procuran inútilmente acomodar el dolor, pero sé que cuando acabe el día, estará todo intacto.

Me quedo a solas con mi hermana, que vuelve a llorar. Abrazados entramos en la habitación donde te veo por

primera vez en el ataúd, rodeada de coronas de flores. En medio de los sollozos de Laura, recuerdo que tenemos que ponerte los pendientes. Mañana te los sacaremos antes de la incineración. Hay pequeñas cosas a las que ya nos hemos enfrentado, como decidir que en señal de recuerdo nos quedaremos un pendiente cada uno. Parece una menudencia, pero no lo es. Tus rutinas martillean en mi cerebro y no lo puedo evitar, tampoco quiero. Desde ayer, cuando supimos que ibas a morir, vivo en una absoluta sensación de irrealidad, un mareo constante en el que me sobrevienen incontrolables oleadas de tristeza que me paralizan y que se alternan con el alivio de constatar que tu sufrimiento ha terminado. Diría que has soportado una eternidad y, al final, han sido solo nueve semanas. De esas que a menudo transcurren volando y escapando a nuestro control y que, sin embargo, este verano se han hecho eternas. Descubrir lo lento que puede pasar el tiempo también ha sido un castigo.

Nuestro breve momento de intimidad acaba con las voces que se escuchan tras la puerta. Empiezan a llegar tus amigos, mis amigos, nuestros parientes, tus compañeros de trabajo, de universidad, antiguos colegas del colegio... Me conmueve comprobar que hayan venido a abrazarnos personas que llevo años sin ver o que viven a seiscientos kilómetros de distancia y, a pesar de la sonrisa helada en mis labios y de que miro a muchos de ellos sin escuchar lo que dicen, admito que hay afectos, besos, caricias y palabras que no reparan nada, que no solucionan nada, pero que de tan sentidos resultan balsámicos. Me gustaría aceptar con naturalidad la belleza que supone todo este cariño, incluso cuando me siento harto de frases

hechas. Me reconfortan las conversaciones con gente que apenas conozco, pese a que algunos caen en la habitual tentación de quedarse solo con lo bueno que tenías y que, para qué mentir, yo no siempre alcanzaba a ver. Quizás no supe asomarme lo suficiente o quizás no supiste mostrármelo, no lo sé, pero aquí y ahora es una sensación que me deshace por dentro.

A mediodía, en el único momento de descanso que tenemos, bajamos al bar a comer cualquier cosa, más por hacer tiempo que por hambre, y Laura me pregunta si querré decir algo mañana en el funeral. Esta mujer es mi hermana y creo conocerla bien, debería, pero me sigue desarmando cada dos por tres. Me cuesta mucho pensar, mirar a los ojos de los que me miran y esperan un discurso perfecto, así que le digo que no me veo capaz. No tengo ganas. No tengo fuerzas. Y, lo más increíble viniendo de mí, no tengo palabras. Detesto el exhibicionismo y la pornografía sentimental, prefiero limitarme a ejecutar las instrucciones que nos diste sobre cómo querías ir vestida y qué canciones debían sonar.

Por la tarde salgo un rato a tomar el aire con papá. Le digo que te habría gustado saber que han venido a despedirse autoridades con quienes trabajaste y con quienes discutiste encarnizadamente para hacer valer tu insobornable rigor jurídico. En eso no había quien te ganara.

—No te equivoques —responde con su habitual laconismo—. Lo que de verdad explica cómo era tu madre son esos dos hombres que estaban esperando esta mañana cuando hemos llegado. Son empleados del servicio de cocina a quienes ayudó a regularizar su situación laboral hace más de veinte años. Dicen que se acuerdan mucho

de ella y que siguen estando muy agradecidos por lo que hizo.

A las nueve de la noche nos cuesta tenernos en pie, pero el día no sabe cuándo terminar. El vestíbulo de grandes cristalerías nos regala la imagen de un cielo rojo y plomizo. La cabeza me estalla, ya no sé qué decir. Llevo toda la vida huyendo de los ritos y este me supera. Nunca estamos preparados para que el mundo se pare y exija un nuevo comienzo. Mientras asumo, ensimismado, que la vida no regala contemplaciones a nadie, resuenan las voces de varias personas, alrededor de una docena, que se resisten a marcharse alargando conversaciones que me atrevo a considerar incluso frívolas. Supongo que han decidido quedarse hasta el final soslayando lo inevitable y atenuando lo que no tiene remedio: que nos quedemos solos frente al dolor.

Barcelona, a 27 de septiembre de 2019

1

Cada maleta hace un ruido distinto al ser arrastrada por el suelo. El contenido varía y las ruedas no son siempre iguales. Tampoco los pavimentos; el de la estación de Atocha es muy liso y facilita que los pasajeros que van con prisa aceleren el paso hasta subir al vagón. Parece una tontería, pero es algo que no pasa inadvertido después de viajar tantas veces de Barcelona a Madrid. Durante el último año he hecho el trayecto cada fin de semana para ir y volver del trabajo. Acomodado en mi asiento y absorto en mis silencios, a menudo me da tiempo a reparar en otros detalles sin importancia: los viajeros que prefieren tener el reposabrazos subido, los que aceptan auriculares para ver la película, los que dan los buenos días y los que no, los que se equivocan de asiento o incluso de tren, los que roncan... Un detective diría que cualquier detalle puede aportar pistas y, de hecho, hay días en los que me he aventurado a especular sobre los delitos y faltas de mis compañeros de vagón, aunque al carecer de certezas y testimonios, ocultos tendrán que seguir. ¿Habría

otros pasajeros distraídos en imaginar la vida de los demás? Tratándose de la mía, poco y pocos acertarían. Ni siquiera quienes me rodean y llevan años intentando comprender mis acciones parecen haber alcanzado conclusiones alentadoras.

El viaje de hoy, lunes 29 de julio, va a ser el penúltimo. Me espanta la idea de encauzar la vida hacia una cadena de montaje en la que todo está irremediabilmente organizado y decidido, de la primera hasta la última estación, así que he dicho adiós por un tiempo a mi trabajo. He echado el freno para tomar otro camino, abrir una nueva etapa y entrar en ella con paso firme. Me seduce encontrarme con nuevas expectativas, me enriquece tener proyectos a los que entregarme sin condiciones y me permito ilusionarme con destinos a los que viajar y donde sienta un auténtico espíritu de conquista.

Mientras el tren se pone en marcha, me coloco los tapones en los oídos y comienzo a hojear los suplementos de cultura de los periódicos. Durante las dos horas y media que dura el viaje leo algunos artículos, echo una cabezada y pierdo el tiempo mirando tonterías en el teléfono.

Al llegar a Barcelona, en la misma estación de Sants, tomo el metro hasta Verdaguer y luego bajo tranquilamente por el paseo de Sant Joan hasta mi casa. Cuando abro el buzón, encuentro varios folletos de propaganda, casi todos de comida china, japonesa o india a domicilio, así como varias tarjetas de cerrajeros que trabajan las veinticuatro horas. Lo tiro todo a la basura.

Vivo en un pasaje privado, en los bajos de un antiguo edificio de finales del siglo XIX. Es un loft de dos plantas,

poco luminoso pero muy acogedor. Me gustan mis rutinas de los lunes: abro las ventanas para que se airee el piso, riego las plantas, deshago la maleta y llevo la ropa a la lavandería. Tengo lavadora, sin embargo, no la uso, como casi todo lo que hay en casa. Los aparatos parecen elementos de un decorado. Para mi tranquilidad mental deben estar así, en su sitio y sin hacer ruido. No sé lo que se siente cuando se estropea un electrodoméstico. Nunca he utilizado el horno ni la vitrocerámica; quizás si me pusiera a pulsar teclas, la cocina acabaría exigiendo responsabilidades. Me he sentado pocas veces en el sofá y no enciendo el televisor; cualquier contenido informativo me sobrexcita y entorpece la paz y la tranquilidad que busco entre estas cuatro paredes. En la nevera hay vino, cervezas y alguna manzana. En el patio interior, decorado con cuatro grandes macetas habitadas por cactus y plátanos, una mesa y sillas de caña. Y en cuanto al baño, apenas me ducho porque lo hago en el gimnasio. Así que mejor reconocerlo: tengo un trastorno obsesivo compulsivo en grado leve que, salvo en etapas muy críticas, me permite llevar la vida que a mí me gusta.

Después de revisar que todo sigue en orden tras una ausencia de cuatro días, paso a buscar a Gerard por su casa y nos vamos a la playa. Para ser lunes hay bastante gente, turistas animosos sobre todo, pero sin aglomeraciones. Buscamos un sitio cerca del agua donde escuchar el ruido del mar y quedarnos dormidos después de darnos un baño. La siesta es larga y la mejor señal de que estoy relajado es que no me he molestado en mirar el móvil ni una sola vez. Cuando lo hago, tengo cinco llamadas

perdidas de Laura y me ha dejado mensaje: «Llámame. Estamos en el Hospital de Barcelona, en urgencias. Mamá se ahoga, le cuesta respirar».

Laura es mi única hermana. Es tres años menor que yo, está casada y tiene dos hijos: Guille, de cuatro años, y Miguel, de diez meses, que se llama igual que mi cuñado. Desde hace mucho tiempo nuestra relación familiar se articula en un núcleo formado por mi padre, mi madre y mi hermana, y a una notable distancia física (vivo en la otra punta de la ciudad) y emocional (hablamos por teléfono muy de vez en cuando y compartimos muy poco de lo cotidiano) estoy yo, haciendo mi vida y mis planes con amigos y parejas a los que, en general, han tratado poco. Hasta ahora he procurado, y conseguido, que haya sido así.

Cruzo la puerta de urgencias y localizo enseguida la habitación donde están los tres. Es un lugar que transmite una frialdad horrible. Prefiero mil veces adornos que simulan artificio antes que toda esta desnudez. Me encuentro a mi madre tumbada en una cama, flanqueada por mi padre, mi hermana y una bombona que le proporciona el oxígeno a través de una máscara.

La estampa me parece terrorífica, pero consigo ponerle humor.

—Mamá, ¿no crees que es un poco tarde para empezar a bucear?

—Óscar, no te rías, que estoy muy jodida —replica con severidad.

Lleva razón. Tiene sesenta y seis años y ha gozado siempre de buena salud, hasta que en febrero le diagnosticaron un cáncer de mama que llevan meses tratándole

con quimioterapia. Sufrir ahora un nuevo contratiempo no entraba en los planes de nadie.

—Es una mala racha —insisto en restar tensión—. Estás baja de defensas y cualquier pequeño percance parece grande.

—Me molesta que me veáis así, tan fea.

Laura interviene rápidamente, escandalizada porque en semejantes circunstancias esté aludiendo al aspecto físico.

—Eso es lo de menos, mamá. Lo único importante es que nos tienes a todos juntos, siempre contigo.

—No malgastes la energía preocupándote por tonterías —añade mi padre, que no le suelta la mano.

Mi madre gira la cabeza y me mira sin ningún convencimiento, como si estuviera pidiendo que yo me pronunciara. Asiento sin acertar a hablar.

—Y tú, ¿no piensas decir nada más? —pregunta, mientras las lágrimas acuden a mis ojos, dejándome todavía más mudo y desencajado.